

Prólogo

¿Conducta y asesoramiento vocacional en el mundo de hoy?

Francisco Rivas Martínez

Departamento de Psicología Evolutiva y de la Educación,
Universidad (Estudi General) de Valencia

España

Francisco.Rivas@uv.es

Resumen

En este artículo Rivas (1998, 2003) presenta un análisis crítico de la conducta y el asesoramiento vocacional en la actualidad, en el que se cuestionan gran parte de los supuestos que hasta ahora había mantenido. Se insiste en la responsabilidad que tienen los factores codeterminantes del contexto sociocultural en el posicionamiento anterior. Se reconoce la insuficiente implicación del sistema educativo para favorecer el desarrollo vocacional de los estudiantes y se insiste en que el asesoramiento exige profesionales capacitados; destacando la carencia de una formación específica para el asesoramiento como lo demuestra la coexistencia de diferentes titulaciones (Pedagogía, Psicología, Psicopedagogía) “enfrentadas” que pretenden desarrollar la formación profesional que se ha de desempeñar en los departamentos de orientación. Por otra parte, señala en base a datos de investigación la importancia de la psicogénesis en la codeterminación de la conducta vocacional eficaz pasando los codeterminantes sociogénicos a un segundo plano. Sigue apostando por un nuevo enfoque que denomina constructivismo vocacional, en tanto que proceso de enseñanza/aprendizaje personal, como un enfoque eficaz de asesoramiento, para el que indudablemente exige profesionales cualificados. En síntesis, lamentablemente la conducta y el asesoramiento vocacional eficaz vuelve a sus orígenes (vocational counseling).

Palabras clave: conducta vocacional, asesoramiento vocacional, codeterminantes de la conducta vocacional, psicología vocacional

Poner título a esta colaboración en un monográfico que trata de un tema en el que he venido trabajando más de treinta años, no ha sido tarea fácil. Descartados los “*balances*”, “*revisión*”, “*estado de la cuestión*”, “*prospectivas*” y similares sobre los que ya he escrito en distintas ocasiones, me inclino finalmente por plantear como interrogante lo sustancial de una preocupación y que quizás, los actualiza.

Enfrento el interrogante como pretexto de reflexión que hago en el contexto español, sin ninguna pretensión de que se confiera validez científica o de autoridad (sea cualesquiera acepción que se quiera dar a tan respetables conceptos), y tampoco de concitar consenso alguno. Poner en interrogación dos términos tan caros y trabajosamente mantenidos y defendidos por mí, tanto desde la convicción como del rigor basados en la investigación, no implica necesariamente un descreimiento ni buscar una respuesta negativa que zanje la cuestión, y en absoluto, la manifestación de un estado de ánimo. Lo que está en el fondo, es el cuestionamiento de gran parte de los supuestos que hasta ahora he mantenido sobre la conducta y asesoramiento vocacional que al referirlos o actualizarlos al ***mundo de hoy***, al que hay que calificar de “**nuevo**” por actual y por diferente, pongo en entre dicho.

Desde la sociología moderna, Alain Touraine publica recientemente la obra “*Un nuevo paradigma para comprender el mundo de hoy*”; disintiendo del uso de algunos de los términos utilizados en su análisis (*modernidad, paradigma, etc*), sin embargo, en su conjunto, suscribo la *tesis mayor*: el **mundo de hoy** ha cambiado, y añado “muy recientemente y en nuestro país, radicalmente”, y se necesitan otras claves para entenderlo. En efecto, son los nuevos factores *codeterminantes* del contexto sociocultural que afectan a los jóvenes los que me obligan, necesariamente, a cuestionar la viabilidad de seguir manteniendo planteamientos anteriores, aunque sean de publicación cercana.

La limitación transcultural es un hecho consustancial a la Psicología Vocacional: la conducta vocacional tiene una explicación “aquí y ahora”. Así Strong hace tiempo ironizaba: “*Lo impensable es que un siux, (años treinta, matizo) quiera ser relojero*”. Mas a pesar de la relatividad cultural de nuestras aportaciones, lo cierto es que necesitamos contar con la suficiente estabilidad del entorno para dar sentido y proyección a nuestras elaboraciones; y con ella hemos contado, mas o menos desde aquí, ya que disponíamos de suficientes referentes socioculturales avanzados que nos daban seguridad para ir progresando en nuestros trabajos.

Pero hoy, el cambio se percibe generalizado para todos, *el mundo de hoy*, y los referentes cercanos han quedado inservibles.

Sin necesidad de entrar en detalle, a modo de simple apunte, los que vivimos en este llamado *primer mundo*, (¡aunque hayamos llegado a él hace nada!), *éste* se nos presenta: económicamente globalizado, informativamente instantáneo y fugaz (*on line*), socialmente complejo, culturalmente postmoderno, convivencialmente diverso, y educativamente tensionado al límite. El cambio no se puede tratar como crisis, sino que hay que adjetivarlo de radical, por la rapidez e imprevisibilidad con que está afectando a nuestras creencias y modos de vivir.

El eslogan de la generación del sesenta y ocho: “*El futuro no es lo que era*”, expresa creativamente (es decir, sin ninguna nostalgia) la situación en que nos encontramos. Los referentes pasados, a penas sirven para movilizar eficazmente la conducta y asesoramiento vocacional de los jóvenes escolares. Y lo que es más inquietante, desconocemos las claves del panorama que se nos avecina, mejor dicho, *que ya está aquí*. El contexto sociocultural (en toda amplitud de su significado) envuelve y afecta a las proposiciones que tienen ver con *la realidad* de la conducta vocacional y al asesoramiento, toda vez que implican conceptos cargados de proyección de futuro en la vida de los adolescentes. Si siempre tuve claro y mantuve desde la Psicología la distinción entre asesoramiento y orientación, hoy más que nunca me reafirmo en eludir este último término: “*Orientar, ¿hacia qué?*”. Esto es, lo más que se puede hacer es acompañar, más que proponer al joven en la búsqueda de opciones personales.

El interrogante del título afecta a gran parte de las ocho *Notas de la conducta vocacional* que sobre la misma he venido trabajando como programa de investigación. Postulados como que la “*conducta vocacional es parte del proceso de socialización de los jóvenes que desemboca en el mundo del trabajo*”, o “*que la educación escolar de los adolescentes es el mecanismo de desarrollo personal que asegura ese proceso de tránsito a la vida adulta*” hoy, su fuerza explicativa la percibo mucho más restringida (y, ¡hablo de escrito en los años noventa!).

En efecto, que la principal premisa de la conducta vocacional como proceso de socialización para la vida adulta sea la plataforma de *preparación* para el mundo del trabajo adulto, en mi opinión, juega cada día un papel menos relevante. Los hechos a través de los datos son elocuentes, así en la última encuesta nacional del MEC sobre el sistema educativo, la “*Educa-*

ción vocacional”, es un aspecto que tanto las familias como los profesores de secundaria valoran escasamente y la relegan a los últimos lugares de prioridades (orden, *noveno sobre doce*). Tanto unos como otros agentes educadores, cifran en el rendimiento escolar la solución a esa cuestión, y lo cierto es que el sistema sigue valorando exclusivamente ese dato (*¿Qué es si no el Punto de corte de acceso a la universidad, o la puntuación en el MIR, para elegir especialidad médica?*).

Por ello, quizás el *desarrollo* de la conducta vocacional no es un objetivo que figure explícitamente en ninguna de las Leyes que rigen el sistema educativo español y, por tanto, no es contemplado como *actividad psicoeducativa* importante a la que se dediquen recursos en la práctica escolar (tiempo, profesionales, objetivos curriculares específicos, etc.) para que promuevan efectivamente el desarrollo vocacional de cada estudiante. Algo se hace, como las tutorías, las sesiones informativas puntuales, los consejos orientadores, pero sólo tienen una remota posibilidad de incardinarse en el desarrollo vocacional del estudiante que “está o pasa” por el sistema educativo y, en gran medida, “*pasa*” del mismo. El escolar adolescente es ajeno al **significado** que tienen los aprendizajes escolares respecto a su propio desarrollo vocacional, y no puede anticipar ni prevenir la utilidad de su dedicación y esfuerzo a su propia y futura conveniencia. Lo escolar, tiene mala prensa, se asocia a imposición e incluso, inútil obligación. El futuro éxito individual se atribuye al exterior, a la suerte, a la posición, a lo imprevisto o lo venidero, y lo que cuenta es lo inmediato, cargado de bienestar inmediato (*presentismo*), y a ser posible, libre de esfuerzo o previsión. Y todo ello está o es creado, en el entorno cultural actual.

Recientes y abundantes estudios sociológicos sobre lo jóvenes, señalan con claridad que el desempeño profesional o trabajo, ha dejado de ser un referente importante en sus vidas (se habla de la *descentralización* de la profesión), y la tendencia a la baja se acentúa estudio tras estudio. Cobra mas importancia la recompensa económica o salario, atributo que se torna *quasi* en un absoluto para valorar el prestigio individual y profesional, que la satisfacción en el desempeño de las tareas en sí. Los pretendidos binomios *formación/empleo* y *cualificación/movilidad social*, hace tiempo que han saltado por los aires como señalan las expresiones recientes acuñadas: “*mileuristas*” aportación terminológica debida a los propios afectados, jóvenes que están en la treintena alta de edad y con una formación universitaria sobreabundante para el trabajo que realizan, no llegar a cobrar mil euros al mes; o los “*nuevos pobres*” describe a los jóvenes sobradamente preparados (*JSP*) que en esa misma franja de edad, con

tasas de educación muy superiores a las de sus padres, siguen dependiendo de su sostén y apoyo, y no llegarán nunca a alcanzar el estatus socioeconómico en que se criaron. La *movilidad social ascendente*, que utiliza la educación como palanca, está en cuestión. En el terreno del *desarrollo personal*, se retrasa y la demora en lograr el estatus de adulto -que exige la necesaria independencia funcional para la madurez - ha llevado a revisar los periodos evolutivos clásicos como adolescencia, juventud, y se acuñan términos que los enmascaran, como *adultez emergente* encubriendo su prolongación hasta bien entrada la treintena.

En todo caso, sigo manteniendo la idea de que la conducta vocacional es una *relación dialéctica* entre las necesidades individuales de realización personales y las necesidades sociales de cobertura productiva y económica. Lo que no esperaba es que fuera la *ley del mercado* en términos de oferta y demanda, la que resolviera inexorablemente, la confrontación. Ver que en el **mundo de hoy** la producción de bienes, equipos, y servicios se deslocalizan completamente en el globo terráqueo, y los *recursos humanos* no conocen fronteras para la captación trabajadores (que aluden tanto, *a la mano* como al *cerebro de obra*). Escépticamente opino, que no es nada original señalar al capitalismo actual como el impulsor de esa desigual *justa*: otra nota del mundo del primer mundo de hoy.

De los postulados fuertes en el tema que me ocupa, sigo manteniendo que la conducta vocacional es una creación de factores individuales (*psicogénicos*) y socioculturales (*sociogénesis*), a los que la investigación añade, la *oportunidad* individual propiciada por el entorno, que resulta ser importante en la toma de decisión entre opciones vocacionales disponibles. Si bien el interés por los primeros (*psicogénicos*) que atienden el diagnóstico individual de capacidades, intereses, personalidad etc. han sido tenido tradicionalmente muy en cuenta por la Psicología Vocacional, y dieron lugar a **enfoques de asesoramiento** como la *teoría del rasgo*, *psicodinámico*, *evolutivo*, *conductual cognitivo*, etc, que en las últimas décadas cedieron peso frente a los segundos (sociogénicos) que enfatizan aspectos interactivos del medio como la clase social, nivel socioeconómico, etc.; y entre surgieron *aproximaciones de tipo psicosocial*, *sociocultural* o similares que no acaban de consolidarse como enfoques con implicaciones directas a aplicadas para el asesoramiento individual. Y aquí también las cosas, en función de los resultados de investigación y nuevas aportaciones teóricas de la Psicología, han cambiado.

Como muestra, mi apreciación basada en investigaciones con estudios de seguimiento en nuestro medio (estudiantes de secundaria y que posteriormente son universitarios) me lleva

señalar que los resultados sobre la codeterminación de la *conducta vocacional eficaz*, constatan que el mayor peso hay que atribuirlo principalmente a los actores individuales psicogénicos: *Biodatos, Persistencia, Madurez, Desarrollo y Cognición*, seguidos a distancia de la Oportunidad y, en mucha menor medida la escasa participación de factores sociogénicos: *Nivel socioeducativo y económico familiar de partida*. Y a la par, la nula incidencia del *asesoramiento/orientación* recibido en Secundaria. Se puede añadir, que en esos jóvenes estudiantes, la clara oposición a demandas o planes concretos de los padres o del entorno, dio sentido personal a la superación de obstáculos, frente a quienes no la tuvieron, y “se acomodaron a las demandas”. Un nuevo y reciente constructo vocacional emergente en investigación lo constituye la “*Identidad vocacional*”. Recientes resultados apuntan una vía fértil de indagación. Lo anterior señala que -aún lejos de mí, el seguir la corriente genetista tan fuerte en otras áreas de la Psicología-, el núcleo central explicativo de la conducta vocacional y desarrollo *eficaz*, radica en el propio individuo y que la codeterminación externa le afecta en escasa medida, en contra de posiciones o creencias sociologizantes. Obsérvese el matiz de *eficaz* que acompaña a los resultados sobre la conducta vocacional, que en mi opinión centra la cuestión. Es decir, actuaciones genéricas igual para todos los escolares no tienen repercusión o no se traducen en conducta y desarrollo individual eficaz.

Otro postulado que se mantiene es que la conducta, su desarrollo y el asesoramiento vocacionales, se resuelven a través de procesos de Enseñanza/Aprendizaje, que suponen actividades *constructivas* de conocimientos y experiencias que se activan en el contexto escolar y en el medio en que vive el adolescente, mediadas por profesionales especializados que son parte de la educación escolar. Ello tiene repercusiones importantes. Los Departamentos de Orientación (¡bienvenida fue su implantación!) desbordados por múltiples funciones y programas que surgen de demandas puntuales (a menudo modas del ambiente) que tienen que atender obligatoriamente, las tareas profesionales del asesoramiento vocacional, son en la práctica inexistentes. Por boca de un dedicado profesional, en unas jornadas ante colegas, expresaba como lamentación que el “*asesoramiento vocacional*” es un lujo que no podía permitirse en su trabajo de orientador.

A pesar del manoseado uso que se hace del **constructivismo**, desde la Psicología Vocacional, está siendo con muchos y diferentes matices, una perspectiva cada vez señalada e influyente en el asesoramiento. Se trata en esencia de hacer recaer en el propio sujeto, el control de sus propias representaciones, de sus expectativas y atribuciones y de los planes de ac-

tividad que moviliza para lograr superar o seguir un plan de acción. La base es cognitiva, la movilización interna e individual/personal; desde fuera poco se puede inducir, en todo caso, mediar si así lo demanda su madurez, que se extiende a lo largo de un periodo muy dilatado de tiempo.

La cuestión tiene muchas implicaciones para la práctica del asesoramiento, que como ayuda, tiene que estar cercana a las necesidades que plantea cada individuo. Me consta que así en grueso, se pueda interpretar que se desatiende a la inmensa mayoría de adolescentes: no es mi idea. Primero y necesariamente, dar a conocer y sensibilizar a la comunidad escolar, pero aún más inequívocamente, hay que saber atender a quien lo necesita. Lo sociológico aporta una información descriptiva de los fenómenos que estudia, y con diferentes matices, al joven de hoy, le encuadran entre dos opciones que nunca se ofrecen explícitamente como diferentes: el *subjetivismo* y la *alienación*, ambos con el toque de elaboración personal, que permite o demanda la convivencia democrática. Esa subjetivización del comportamiento individual, es un logro que exige la madurez suficiente para *situarse-en-el-mundo*. Aquí el asesoramiento, exige profesionales muy formados capaces de evitar la prescripción de opciones, y el tiempo suficiente y necesario, para ayudar a ir clarificando las propuestas que surgen del propio estudiante. En esos parámetros, entiendo el **constructivismo vocacional**, como un enfoque eficaz del asesoramiento de hoy.

La tarea de ayuda es cada vez más compleja y difícil. Además de lo que hemos pergeñado sobre el mundo de hoy, tenemos serias limitaciones como profesionales. Por un lado la **Administración** no atiende e incluso ignora o no refuerza, los esfuerzos individuales de puesta al día de los profesionales de la ayuda vocacional, (algunos profesionales son doctores o han realizado masters, por propia iniciativa), hace problemático que puedan responder eficazmente a las demandas y ofrecer actuaciones *eficaces*. Por otro, la carencia de una formación específica para el asesoramiento vocacional con la coexistencia de curricula universitarios diferentes con titulaciones (Pedagogía, Psicología, Psicopedagogía) “enfrentadas” que pretenden la formación profesional que han desempeñar en los Departamentos de Orientación, no favorece la clarificación. Y no ayuda el que la formación básica que reciben estos universitarios es cercana pero con diferentes planteamientos, metodología y técnicas, pero la Administración homologa e incluso habilita otras titulaciones muy diferentes: no conozco ningún caso similar en otros servicios de utilidad pública como en el área de la Salud o la Justicia. La cuestión no se resuelve extendiendo unos servicios de la misma manera a lo largo del sistema

educativo; así por ejemplo la información profesional, y no el asesoramiento tiene sentido en la *educación terciaria o universitaria*, y en absoluto sirve o es suficiente, en la educación secundaria. El conocimiento de las salidas profesionales, materia prima de la *Información vocacional*, siendo un aspecto en que se han apostado abundantes recursos institucionales y tecnológicos que han subsanado carencias de siempre, lo cierto es por su volatilidad -reflejo de los cambios estructurales del mercado- apenas tiene utilidad para hacer planes de cierto alcance. Y para que no falte nada, la “Academia” (Facultades y Departamentos) tampoco está a la altura de las circunstancias; sigue en lo “suyo”, desconectada de las necesidades que tiene el sistema educativo ofrece la coexistencia variada de curricula universitarios diferentes con titulaciones (Pedagogía, Psicología, Psicopedagogía) “enfrentadas” que pretenden la formación profesional que han desempeñar en los Departamentos de Orientación. La situación no es de responsabilidad exclusiva, por ejemplo, si en España no existen programas de tercer ciclo específicos sobre asesoramiento vocacional, tampoco que yo sepa, se han demandado desde fuera.

Como cierre sobre asesoramiento en una tarea más en solitario que solidaria respecto al entorno en que nos movemos, tengo claro que no podemos ayudar a todos (por benéfico que nos lo planteen), bastaría con hacerlo eficazmente a quién lo necesite. Soy consciente de que me voy a repetir: el reto renovado exige la formación y actualización de unos profesionales, que entiendo necesarios, pero también con la exigencia de impulsar una auténtica carrera de desarrollo profesional en sus actuaciones y la obligación institucional de exigirla, facilitarla y recompensarla.

Francisco Rivas

Diciembre 2006

Nota.- Es la primera vez que no cito las referencias bibliográficas en las que apoyo un trabajo. No creo que hagan falta, pero si alguien esta interesado, se las haré llegar por correo electrónico. Francisco.Rivas@uv.es

[Página dejada en blanco por razones de paginación]